



CAPÍTULO XIX

Ataque al poblado de Sabana Baracoa.—Saqueo y robo.—Orden general dictada por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.—Diversas noticias.—Encuentro en la Horqueta del Horno.—El coronel Santocildes.—Situación desesperada.—El enemigo rechazado y en vergonzosa fuga.—Heroísmo de nuestros soldados.



HASTA el día 15 no se tuvo noticia en la Habana del glorioso combate del Jovito, narrado en el precedente capítulo, ocurrido el día 13, entre Camarones y Tiguabos, á dos leguas de Guantánamo.

El efecto que en la Habana produjo la noticia fué penosísimo é indiscriptible, dando lugar á los más exagerados pesimismos.

Como las líneas telegráficas no funcionaban con regularidad, tampoco se supo hasta el día 16 en la capital de la Gran Antilla, que el mismo día 13, unos *setecientos* hombres mandados por los cabecillas Tamayo y Galano, penetraron en el pueblo de Sabana Baracoa, cerca de Maisi, dejando fuera del pueblo otros *quinientos* hombres y obligando al pequeño destacamento que lo guarnecía, compuesto de *cuarenta* hombres de Simancas, al mando del teniente don Lucas Fernández, á refugiarse en la casa-cuartel, edificio de madera ruinoso, donde se defendió del enemigo.

Los insurrectos saquearon algunas tiendas y se llevaron de la casa de don Vicente Pérez *tres mil quinientos* pesos en metálico, de la alcaldía de barrio el sello, y de otros establecimientos víveres, ropas y otros efectos.

La fuerza que quedó fuera del pueblo estaba mandada por el cabecilla Félix Omer.

Después del saqueo y robo, abandonaron el pueblo cargados con

el botín, sin hostilizar á la fuerza que constituía la guarnición y que por su reducido número vióse precisada á refugiarse en el cuartel é impotente para impedir su fechoría y emprender su persecución



CAPITAN D. ENRIQUE SATUÉ

* * *

El general Martinez Campos dió una orden

general para el ejército en operaciones, el día 16, dictando algunas instrucciones.

A causa de su extensión, nos limitaremos á dar cuenta á nuestros lectores, únicamente de algunas de sus disposiciones.

Por la citada orden general, dió el general en jefe nueva organización al ejército de operaciones en la provincia de Santiago de Cuba, dividiendo el territorio militar de esta provincia en tres distritos, al mando cada uno de un general de división, ordenando que ningún

combate se empeñase sin indicarlo al grito de ¡Viva España!, á fin de evitar colisiones entre nuestras tropas; dando instrucciones tácticas para evitar fracasos; mandando que no se transmitiera ningún parte que se creyere exagerado, procediéndose contra el jefe que abultase ó disfrazara los hechos y ocultase la verdad, y disponiendo se crearan depósitos de víveres en las siguientes poblaciones:

Para el primer distrito, en Santiago, El Cobre, Palma Soriano, Ramón de las Yaguas, Alto Songo, Tiguabos, Guantánamo, Yateras, Mayari Arriba, Sagua de Tánamo y Baracoa.

Para el segundo distrito, en Manzanillo, Bayamo, Cauto del Embarcadero, Baire, Vuelta Grandes, Veguitas, Guisa y Gua ó Vicana.

Y para el tercer distrito, en Guamo ó Paso del Salado, Tunas, Minas ó Dolores, Puerto Padre, Mariaban, Gibara, Holguín, Mayarí y Barajagua.

Regulaba además el uso de los cartuchos; dispuso el tiro al blanco en los descansos, que no debían pasar de tres días, señaló castigos para los que maltratasen heridos ó prisioneros enemigos; y, por fin, aconsejaba la prudencia y buen trato á los vecinos, y la decisión y el arrojo en los combates.

* * *

En aquellos días se habló y comentó mucho en Manzanillo, de la marcha al campo insurrecto del doctor Insáustegui, que al frente de una partida de veinte hombres se había sublevado y dado el grito de rebelión contra la Madre patria en los primeros días de aquel mes.

El doctor Insáustegui tomó parte en la revolución del 68 y era jefe de Sanidad Militar.

Vivía y ejercía su profesión de médico en el poblado de Seiba Hue-

ca, donde radicaba el magnífico central *Teresa*, propiedad de los señores Reygni y compañía.

El referido doctor era ya un anciano: su edad cifraría en los setenta años y estaba además algo achacoso, pues desde hacía poco tiempo tenía que andar inclinado.

Así mismo se habló también de haberse ido al campo de la insurrección, el señor don Salvador Ríos, con sus dos hijos.

El señor Ríos había sido jefe en la pasada guerra y era hombre valiente y decidido y de alguna influencia entre los separatistas, por lo cual causó algún disgusto la noticia entre la gente pacífica.

En el vapor *Mortera*, llegó á Manzanillo el 8.º batallón peninsular, al mando del teniente coronel don Pablo Arredondo, que tanto se distinguió en la pasada guerra.

Este batallón organizóse al siguiente día de su llegada á Santiago de Cuba, y salió enseguida á operaciones fraccionado en dos columnas, al mando del general Salcedo, en dirección á Jarahueca, donde sostuvo fuego con los insurrectos en los montes de *La lombriç*, recibiendo en este primer encuentro el bautismo de sangre.



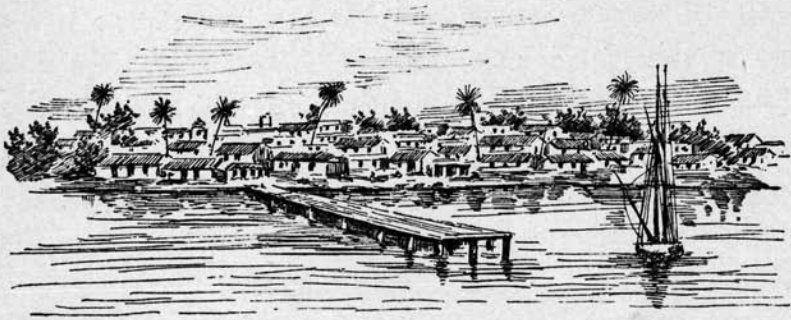
Otro brillante hecho de armas hemos de registrar en ésta nuestra Reseña, en el cual acreditaron una vez más nuestros valientes soldados y sus bizarros jefes su valor y pericia, su arrojo y serenidad ante el peligro, y dieron pruebas, como siempre, de que nunca les intimida ni arredra la fuerza numérica del enemigo.

El hecho ocurrió á mediados del mes de Mayo, sin que podamos precisar la fecha, por no haberlo podido comprobar de una manera cier-

ta en los informes de nuestros corresponsales, ni en los datos recogidos de la prensa.

Eran las diez horas de la mañana y el ardoroso sol de Cuba, haciendo gala de su irradiantéz y potencia lumínica y calórica, enviaba sus abrasadores rayos sobre una columna de nuestros soldados, que al mando del coronel D. Fidel Santocildes, se dirigía á Bayamo.

Encontrábase la columna un poco más arriba de la Horqueta del Horno, cuando el jefe divisó hacia la izquierda del camino, una casa que calculó podría dar albergue y descanso momentáneo á sus fuerzas,



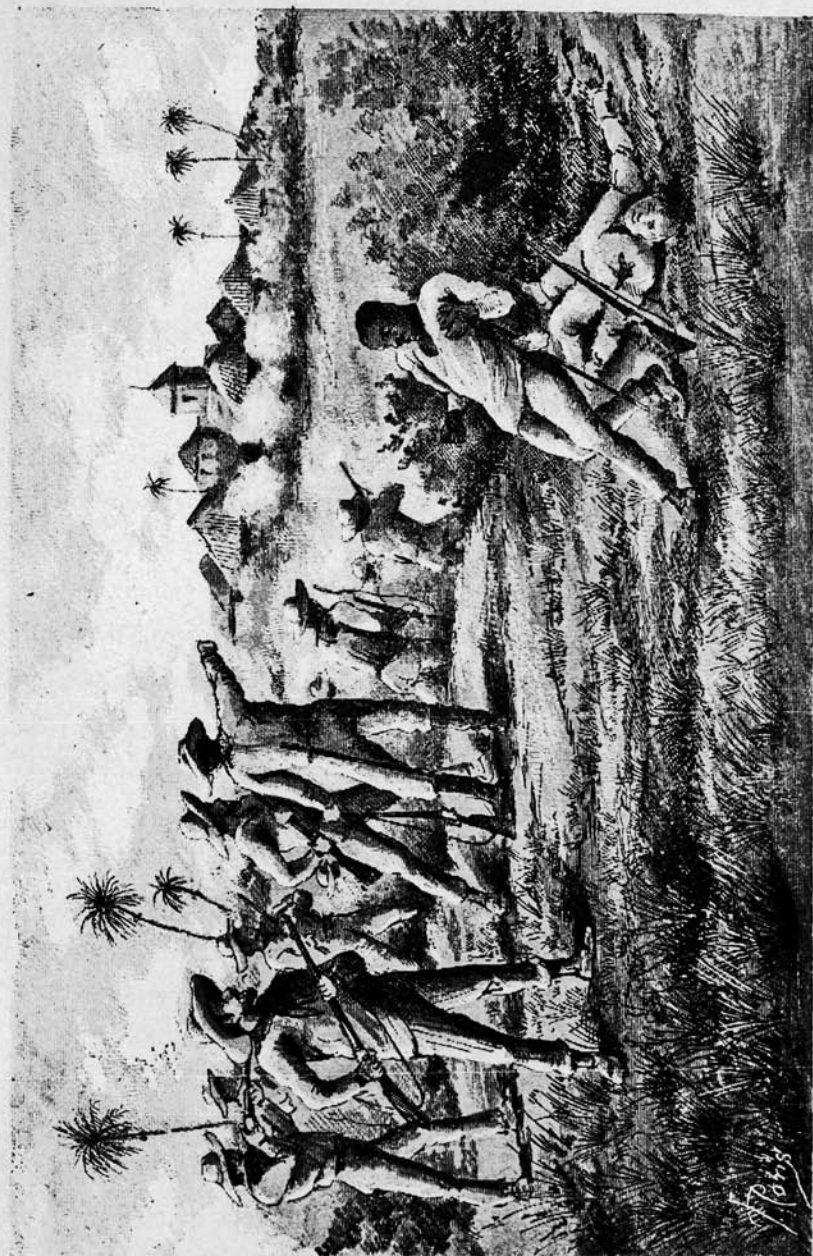
VISTA DEL PUERTO DE MANZANILLO

que comenzaban á sentirse fatigadas á causa del excesivo calor y la atmósfera de plomo que se respiraba.

El coronel señor Santocildes ordenó á su ayudante que fuese á reconocer la casa, á fin de ver si permitía llevar á cumplimiento sus deseos y propósitos.

Era la tienda *Alegria*, que había sido abandonada por sus dueños y no tenía capacidad bastante para el objeto deseado.

Teniendo esto en consideración el citado jefe, y divisándose ya, por



ATAQUE DEL POBLADO SABANA BARACOA POR LOS INSURRECTOS

otra parte, la torre vigía de Bayamo, distante una legua aproximadamente de aquel sitio, dió orden al ayudante para que se adelantase á la población y previniese al comandante militar de la plaza dispusiera inmediato alojamiento para la columna.

* * *

Ya el oficial partía en alas de su fogoso corcel á cumplir su comisión, y la tropa emprendía de nuevo su camino.

En todos los semblantes se reflejaba el deseo de llegar al término de la jornada del día para librarse de los ardores de aquel sol de justicia, y descansar de las fatigas y penalidades de una marcha por aquel ardiente suelo de volcanes, cuando dos disparos sobre la retaguardia de la columna hicieron retroceder al ayudante para incorporarse á la fuerza.

Pocos segundos después, y casi simultáneamente á los dos primeros disparos, recibió la columna una granizada de balas que sobre la retaguardia dispararon los insurrectos emboscados en la manigua y ocultos tras las matas y arbustos.

Al mismo tiempo corríanse por los flancos derecho é izquierdo, tratando de envolver á la columna, encerrándola en un verdadero círculo de fuego y con ánimo evidente de cerrarla el paso para la plaza de Bayamo, á la vez que cortarle la retirada.

Hábilmente escogido el terreno por el enemigo, en número de unos quinientos hombres casi todos montados y armados, para dar un golpe de mano, todas las ventajas estaban de su parte.

De un lado, el terreno que habían elegido para la emboscada les favorecía y ocultaba, ofreciéndoles al propio tiempo una fácil retirada: de otro su muchísimo mayor número y el que nuestras fuerzas se encontraban en medio del camino y en campo despejado, hacía que la co-

lumna les presentase seguro blanco por carecer de accidentes el terreno donde poder resguardarse de sus fuegos.

Eran las diez y media de la mañana.

En situación tan desventajosa para nuestras tropas y con tan brusca acometida, hacíaase difícil la defensa, máxime cuando el enemigo inició sus cargas á un tiempo y por las tres distintas caras que presentaba la columna.

Ante peligro tan inminente, se impuso eficazmente la voz de mando del jefe secundada por el segundo jefe y oficiales y clases, y la serenidad y valor del soldado español demostróse una vez más, llegando á la mayor altura.

Formose el cuadro, y al ataque por cargas del enemigo, contestóse con descargas cerradas, rodilla á tierra, por nuestros valientes soldados.

Al fuego que hacían los tiradores de la fuerza enemiga, se contestaba por los nuestros con fuego á discreción, lento unas veces, y otras rápido, para contener el ímpetu de los caballos cuando en un punto dado se agrupaba un buen número de ginetes que hostilizaban los flancos de la columna.

Menudeaban y repetíanse sin interrupción las cargas por parte del enemigo; pero todas eran rechazadas vigorosamente por nuestros incomparables infantes, sin lograr ni por un solo momento deshacer la corrección perfecta del cuadro, como si se tratara de un simulacro, y haciéndole en cambio numerosas bajas en bombres y caballos.

A tal extremo llegó á ponerse á raya al enemigo que, al fin, hubo de pronunciarse en fuga tan rápida y desordenada, que sus fuerzas hubieran podido quedar completamente destrozadas y sin poder rehacerse más, si en aquel momento el bizarro coronel señor Santocildes hubiera dispuesto y tenido á mano un escuadrón de lanceros que les hubiese cargado en su huida.

En aquella ocasión, como en todas, el heroísmo de nuestros soldados rayó á una altura, que enorgullece á todo corazón español.

Contra fuerzas excesivamente mayores en número lucharon nuestros invictos soldados, y, ni su superioridad numérica, ni la sorpresa y brusca acometida, ni el cansancio de una prolongada marcha, ni la fatiga que les produjera el insoportable calor de aquel abrasador clima, pudo acobardarles. Todo lo olvidaron ante la inminencia del peligro y la voz del honor nacional.

A la fuerza contestaron con la fuerza, sin medir ni contar la del contrario; á la sorpresa y brusca acometida, respondieron con la serenidad y aplomo peculiares del soldado español, y aquella vez, como siempre, salieron victoriosos de la contienda, á pesar de la desigualdad numérica y de la desventajosa situación en que se vieron colocados.

¡Gloria y honor á la invencible infantería española.

